

Capítulo 743: ¿Despertar?

La mayoría de los niños, a medida que crecen, empiezan a dudar cuando se trata de entrar en la habitación de sus padres sin avisar.

Sin embargo, Courtney no tenía ese problema.

Desde que era pequeña, entraba en la habitación de sus padres cuando quería y a la hora que le apetecía.

Pero todavía no los había sorprendido nunca haciendo algo inapropiado.

Claro que les había escuchado decirse cosas, que las parejas ebrias de amor suelen decirse, y había visto algún que otro pellizco en público, pero no podía decir que eso la hubiera traumatizado de por vida, ni nada parecido.

Y en las raras ocasiones en que la puerta estaba cerrada con llave, nunca tenía que esperar más de un segundo, antes de que uno de sus padres la abriera y la dejara entrar.

Esta vez, no tuvo que esperar.

Abrió la puerta por sí misma, en silencio, y asomó la cabeza.

Con una sola mirada, pudo ver que la enorme cama estaba llena. A veces, entraba y veía a sus madres fusionadas, para poder acostarse todas con su padre a la vez.

Pero sabía que, por mucho que les gustara eso, también disfrutaban de dormir en una cama abarrotada, todos encima de todos, como una camada de cachorros.

En realidad, si se paraba a pensarlo, era bastante tierno.

Como siempre, en el mismo momento en que entró, solo una de sus madres se despertó, sin necesidad de que la alertaran.

Una mujer se incorporó en la cama; sus ojos verdes brillantes iluminaron la habitación al instante.

Era una de las mujeres más hermosas que Courtney había visto jamás, pero no era una belleza mundana, sino tranquilizadora. Con solo mirarla, Courtney sentía que, pasara lo que pasara, todo estaría bien. Como si pudiera superar cualquier cosa.

Extendió una mano escamosa, pero suave y anaranjada, e hizo un gesto para que su hija se acercara.



Sonriendo suavemente, Courtney fue al lado de la cama y se sentó junto a ella.

Lillian se inclinó hacia ella y apoyó la cabeza contra la de Courtney.

—Aquí está mi niña. Te ves cansada. ¿Fue duro el entrenamiento?

Courtney negó con la cabeza mientras se dejaba caer en el abrazo de Lillian.

—Hoy no hubo entrenamiento, ma... Pero mañana no será agradable.

«...» Lillian de repente agarró a Courtney por la cara y la miró fijamente a los ojos.

Courtney sintió cómo empezaba a sudarle la espalda.

—Courtney-Marie Andrea.

—¿S-Sí, señora...?

—¿Por qué tengo la sensación de que hay algo que no me estás contando?

—...No sé, quizá solo estás—

—Te han puesto otra multa, ¿verdad?

—...No fue para nada mi cul—

Lillian tiró de las mejillas de Courtney, hasta que parecía que iba a arrancárselas de la cara.

—Sabía que darte ese coche veloz, como primer vehículo, era una mala idea.

¿Cuántas veces tenemos que decirte que solo porque seas invulnerable no significa que lo sean las personas que te rodean?

—L-Lo sé, ma... Lo siento —Courtney bajó la cabeza.

—Discúlpate con tu cuenta bancaria, porque vas a pagar cada multa que te pongan de ahora en adelante. Y no te daremos más dinero en lo que resta del año.

La paga de Courtney era de cinco mil al mes. En este momento, su cuenta tenía un poco más de seis mil dólares.

No es que fuera mala con el dinero, pero sus aficiones eran caras (piezas de coche y tatuajes).

Parecía que iba a tener que ajustar el presupuesto el resto del año y probablemente no conseguiría el nuevo capó ventilado ni el vinilo que quería.

La expresión de Lillian se suavizó y tomó una de las manos libres de Courtney.

La colocó sobre su vientre, que estaba visiblemente más grande de lo normal.





—Vas a ser hermana mayor pronto, cariño. Tienes que dar el mejor ejemplo posible a tu hermanita.

Courtney asintió con solemnidad, porque sabía lo importante que era aquello.

Por alguna razón, a sus padres les resultaba muy, muy, muy difícil tener hijos.

Podían crear seres mediante magia y sus divinidades, pero cuando se trataba de reproducción física genuina, les llevaba mucho tiempo.

Tardaron mil años en que naciera Thea.

Otros mil en que naciera Thrudd.

Lo mismo con Mira, Gabbrielle, Apophis y todos los demás hijos. Excepto las gemelas, claro.

Bashenga era el más joven y, como no era precisamente el tipo de niño al que le gustara que lo trataran como a un bebé, Courtney nunca había podido disfrutar de la experiencia de tener un hermano menor, como siempre había querido.

Por eso, cuando Lillian quedó embarazada de repente, después de solo diez años, ella fue la más emocionada de todos.

Con suerte, este nuevo hermano suyo no nacería con tanta personalidad, y querría pasar más tiempo con su hermana mayor.

—Lo entiendo, ma. Prometo que lo haré mejor —dijo Courtney.

Lillian estaba a punto de decir algo, cuando otro de los ocupantes de la cama se incorporó de golpe.

Incluso sentado, seguía siendo uno de los hombres más altos que ella había visto en su vida.

Tenía una figura poderosa, pero no exageradamente musculosa, de esas por las que los hombres pasan toda la vida en el gimnasio.

Su piel era de un profundo color ónix, decorada con tatuajes dorados, del mismo tono que sus tres ojos. Bueno, seis, si se contaban los dos de su rostro, que siempre mantenía cerrados, además del recién abierto en su pecho.

En su cabeza, de cabello largo y espeso con la textura de una nube, se mezclaban dos colores. Un lado era blanco, el otro de un negro intenso.

Su rostro, incomparablemente apuesto, mostraba rastros de una extraña emoción; posiblemente ansiedad o confusión.

—¿Una pesadilla, papá? —sonrió Courtney.



Abaddon miró a su hija con una extraña luz en los ojos.

Sabía que era ella, pero... por alguna razón era como si la estuviera viendo adulta por primera vez.

—¿Courtney...? —Su voz era profunda, pero a la vez llena de sentimiento y serenidad. Podía hacer que una mente desprevenida quisiera arrullarse en su abrazo y quedarse allí para siempre.

—Sí, soy yo... ¿Te sientes bien? —preguntó Courtney, un poco preocupada.

—Yo...

Los ojos de Abaddon recorrieron con cuidado su habitación.

Por alguna razón, se sentía mucho más grande de lo que recordaba.

Su cuarto debía de tener al menos 2.500 pies cuadrados.

El suelo era de un material oscuro, hecho con la madera de un árbol qlipoth. Al pisarlo descalzo, dejaba huellas luminosas durante un par de segundos.

Una alfombra blanca, gris y negra, descansaba bajo un gran sofá en forma de “L”, ocupado en ese momento por una enorme langosta demoníaca, que parecía haberse quedado dormida viendo la televisión.

Había una pequeña isla en la habitación, con un bar completamente surtido. No tenía que pensar mucho, para recordar de quién había sido esa idea.

Una pared entera de la habitación había sido despejada y era como un santuario familiar. Tenía fotografías, armas rotas y los diplomas de los hijos que habían ido a la escuela.

Otra pared estaba cubierta por cortinas, y Abaddon recordaba que esa era la salida al balcón.

Pero por alguna razón, su mente estaba muy nublada esta vez. No podía recordar exactamente cómo era la vista al otro lado de esas cortinas.

—Papá, me estás empezando a preocupar...

La visión de Abaddon finalmente volvió a la normalidad. —Perdón... Creo que estoy más cansado de lo que pensaba.

Al relajarse, su apariencia cambió. Su piel se volvió de un marrón moca profundo, mientras que sus tatuajes perdieron el brillo y se tornaron negros.

Se frotó el cansancio de los ojos, mientras estos, junto con cada folículo de su cabello, se volvían de un rojo intenso.

Courtney sonrió con picardía, como si supiera algo que despertaría a su padre.



—Pareces realmente agotado. Supongo que trabajar en esos cuatro es más duro de lo que pensabas, ¿eh, M'anari?

Abaddon se quedó helado y miró a Courtney, como si acabara de encontrar porno en su portátil.

—Tú... ¿Dónde escuchaste ese nombre?

Courtney se encogió de hombros con indiferencia. —Lo aprendimos en clase hoy. Tus mitos y esas cosas son bastante geniales. Excepto por las partes de ti y las mamás... ya sabes, haciéndolo por todas partes todo el tiempo.

Abaddon puso los ojos en blanco y le dio un golpecito en la frente. —Mocosa. Nunca pareciste tan interesada cuando intenté contártelo yo mismo.

—N-No es del todo cierto... Solo me preocupaba escuchar algo desagradable.

—¿Desagradable como...? —Abaddon arqueó una ceja.

—N-No sé. Eres muy viejo y esas cosas, y sé que los dioses no tenían mucho autocontrol en aquella época, así que pensé que quizá... —Courtney bajó la voz.

—¿Que tendría problemas para entender el consentimiento, o que sentiría una atracción problemática hacia tus tías y abuelas? —completó él con calma.

—M-Más o menos... —admitió ella, encogiéndose de hombros.

Abaddon sonrió con ironía y abrió los brazos.

Aunque estaba avergonzada, porque ya era adulta, Courtney se acercó y lo abrazó.

Abaddon se quedó mirando al vacío, esforzándose por sacar recuerdos de aquella época.

—Quizá hice algunas cosas poco dignas en ese tiempo. Pero tus madres son las únicas mujeres con las que he estado y a las únicas que he deseado. Nada de lo que piensas ocurrió jamás.

Lillian apartó el rostro, para que Abaddon no viera cómo se sonrojaba.

Fue duro para ella, cuando él se marchó a vivir una vida mortal. Fue duro para todas.

Debieron de llorar, lo suficiente, como para llenar todos los océanos de la tierra.

Su miedo era que Abaddon regresara con un nuevo amor de la mano, o que simplemente perdiera el interés en volver.

Pero, en cierto modo, aquello pudo haber sido bueno para su relación.





No habían discutido por nada desde que él volvió. Aunque llevaban juntos un número incontable de años, seguían firmemente en su luna de miel.

Y además: saber que, incluso sin sus recuerdos, Abaddon siempre les sería fiel, era un regalo mayor que cualquier otro.

—Entonces... ¿cómo fue para ti? —preguntó Courtney—. ¿Ser el primer gobernante de toda Sudáfrica?

Abaddon miró a lo lejos mientras acomodaba distraídamente el cabello de su hija.

—Fue...

